

535

AÑO I

SEGUNDA ÉPOCA

NÚM. 1

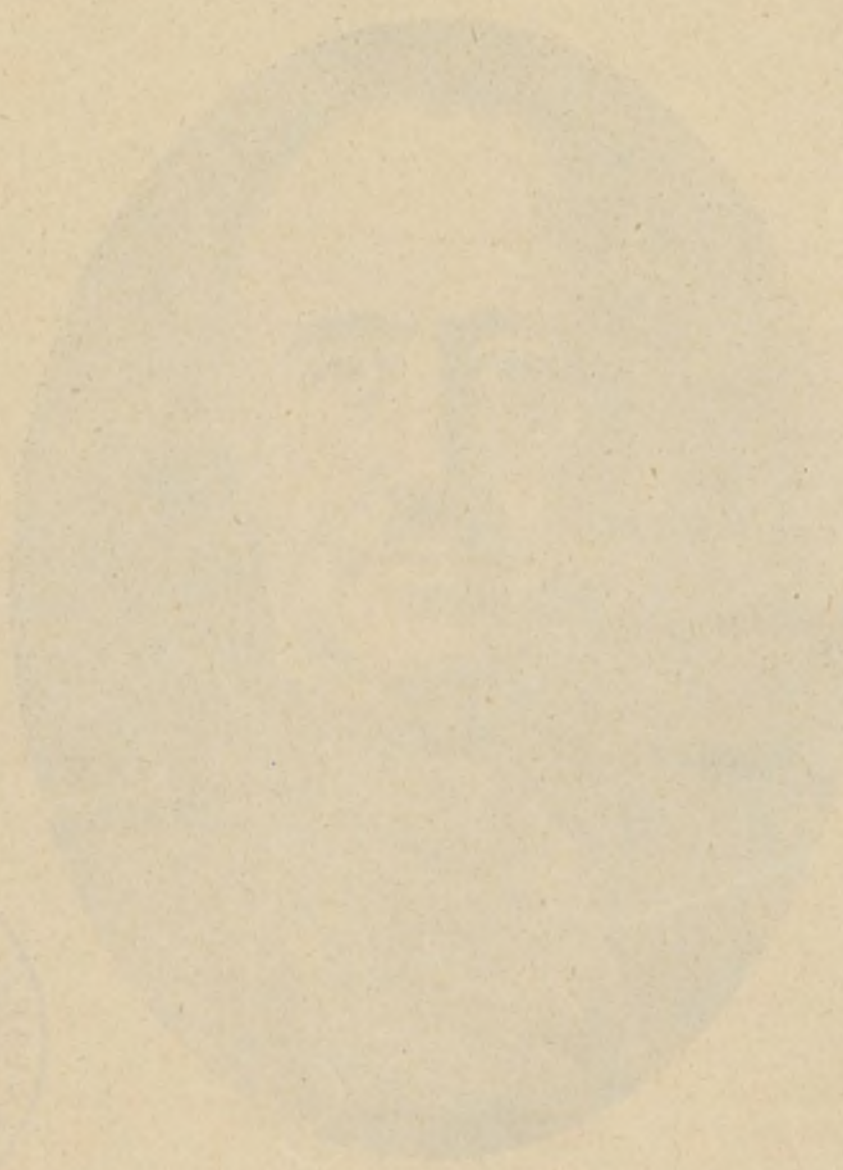
LA BENEMÉRITA



S. E. el Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos
Nacionales, D. Francisco Franco Bahamonde



LA BENEFICENCIA



AYUNTAMIENTO DE MADRID

La Benemérita

Revista profesional

Redacción y Admón.: Dr. Madrazo, 18, 1.º - SANTANDER - Teléfono 11-94. Apartado núm. 106

SE PUBLICA QUINCENALMENTE

Precio de la suscripción TRES ptas. trimestre

Pago adelantado por Giro Postal

Gastos de Giro de cuenta del suscriptor

Año I

Segunda Epoca - 15 de Enero de 1938 - II Año Triunfal

Núm. 1

¡Arriba España!

Sobre las ruinas de la España vieja, arrumbada por la carcoma política de los últimos años, principalmente por el oprobioso primero y último largo quinquenio de la segunda República masónica y soviética, Franco, el Generalísimo de los gloriosos Ejércitos nacionales, iniciador del Movimiento salvador, está forjando la España Nueva.

A su grito de guerra ¡ARRIBA ESPAÑA!, el pueblo, el verdadero pueblo español, que no se resignaba a morir estrangulado por las canallescas y sanguinarias ordas marxistas, se agrupó al caudillo y a su glorioso e invicto Ejército y comenzó la noble y heroica Cruzada que pronto, muy pronto, culminará en la liberación total de la Patria hispana.

De la obra ingente y constructiva del genio de Franco, una vez pulverizadas en el crisol de nuestra guerra santa las ramas secas y podridas de la anti-España, surgirá — está surgiendo ya — el tronco joven, fértil y floreciente, pleno de savia vigorosa y pródigo en frutos magníficos, de la España Una, Grande y Libre que los españoles de España anhelábamos.

Con la fe en Dios y una confianza ciega en nuestro glorioso Caudillo, grita hoy LA BENEMÉRITA en el día feliz de su resurrección:

¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!

¡Arriba España!

¡Viva España!

BAJO EL SIGNO DE LA VICTORIA

Saludo del Caudillo en el año nuevo

«En este primer día del año nuevo, bajo el signo de la victoria que en tierras aragonesas acompaña a nuestras armas, mi recuerdo se dirige a los que vivieron bajo el cerco de Teruel días intensos de heroísmo y sacrificio; a los que en su socorro corrieron sobre los campos cubiertos de nieve, venciendo y destrozando a las fuerzas rojas; a los que en el parapeto inclemente y silencioso viven estos días familiares; a los que atrás lloran la falta de seres queridos; y a los que, en el campo rojo, esperan su liberación de nuestro esfuerzo. A todos acompañó y acompaña, instante tras instante, mi espíritu, en estos días históricos en que forjamos nuestra España Imperial.

Un año para nosotros colmado de victorias, de derrotas y fracasos para nuestros enemigos. Cuatro nuevas provincias redimidas del terror rojo. Nuevas comarcas incorporadas al orden y a la paz. Ricas cuencas mineras e industriales que completan nuestra ya envidiable economía. Pan para todos. Naciones extranjeras que entreabren los ojos a la luz de nuestra verdad. Esto fué para España el año que terminó ayer.

Lo que yo ahora os ofrezco no es sólo el fin de una guerra, con la victoria cercana y definitiva: son las victorias de la paz, que han de irse produciendo con una exactitud perfecta. Victoria del trigo, que ya ganamos para nuestros campesinos.

Victoria de la carne, que redimirá a nuestras clases ganaderas. Victoria para los trabajadores del mar. Que todas se obtendrán contra todos los que pretendan oponerse a la implantación de los principios del nuevo Estado, ya luchando contra la Patria, ya regateando el pan o negando la justicia.

Pero que nadie interprete estas palabras en el sentido fácil de que vayamos a vivir días cómodos y despreocupados. Hay larga tarea para todos. Después que las armas hayan dejado su puesto a los arados, hay trabajo largo y penoso tras del cual alumbra sus destinos la nueva España, cuya gloria y cuyo imperio no se forjaron tampoco en los días cómodos y fáciles del pasado, sino en el trabajo y el sacrificio, cuando nuestros caudillos y pensadores trabajaban en vigiliatensas y de austeridad ejemplar.

Espanoles todos, tened la seguridad de que este nuevo año que hoy empieza nos congregará a su fin junto a las grandes tareas que den a España la gloria, la potencia y el rango que nosotros queremos para ella.

¡Combatiente! No está lejos el día en que cambies el fusil por el libro o la herramienta, para colaborar con quienes ya planean afanosamente la grande obra que nos espera y que ha de hacer que España sea para siempre una, grande y libre. ¡Arriba España! ¡Viva España!.

¡RESURREXIT!

Vuelve a la vida LA BENEMÉRITA, después de su desaparición en el mes de Septiembre de 1932.

En aquella época, un funesto ministro de la Gobernación que padecía «suspensionitis periodística» fulminó un rayo telegráfico sobre nuestra revista y ésta, a los diez años largos de publicación, «se durmió» en santa paz, alcanzada por el triturrante meteoro ministerial.

No queremos ahondar sobre los diversos factores que influyeron en su supresión. Pudiéramos hacerlo, porque estamos desde hace mucho tiempo en el secreto de todo; pero preferimos silenciarlo. Tendríamos que citar nombres y éstos, traidores a la santa Causa Nacional, no merecen ni siquiera para execrarlos, que los estampemos en las páginas de nuestro periódico.

Confiábamos, porque así nos lo decían nuestro optimismo y nuestra inquebrantable fe, en el resurgir de la Patria, que LA BENEMÉRITA volvería a ver la luz pública.

Y aquí la tienes ya de nuevo, lector amigo y antiguo suscriptor, dispuesta a ser tu guía en lo profesional, tu consejera en tus dudas, y a recoger en sus páginas, dentro siempre de la inquebrantable disciplina, que es el mayor timbre de gloria del Instituto, lo que haya de justo y viable en tus anhelos de mejoramiento moral y material.

Habíamos fijado su reaparición para el mes de Diciembre de 1937, año feliz de nuestra liberación, pero

dificultades materiales de propaganda debidas principalmente a la penuria de nuestros medios económicos, nos hicieron retrasar su salida hasta el momento presente.

Contamos ya con el número preciso de suscripciones para costear la tirada de nuestra revista; pero para cubrir otros gastos no pequeños, de local, personal, etc., necesitamos duplicarlas y esto esperamos lograrlo muy pronto, porque confiamos que cada suscriptor se convertirá en propagandista de su querida revista y traerá a nuestras listas de favorecedores a otros que aún no figuran en ellas.

Nuestro saludo a todos: a los que luchan en las avanzadas para el aplastamiento total y definitivo de la bestia marxista, que quiso destrozarse con sus inmundas zarpas la España amada, y a los que en la retaguardia cooperan sin descanso y con riesgo también a la constitución del naciente Imperio Español.

Y sobre todo, un recuerdo muy sentido y una plegaria muy fervorosa por nuestros gloriosos caídos: por los que dieron su vida en los frentes de batalla luchando como héroes y por los que, víctimas del ancestral odio marxista, sucumbieron vilmente asesinados por las canallescas y sanguinarias hordas rojas.

¡Beneméritos caídos! ¡Presentes!

¡Arriba España! ¡Viva España!

.....
Visado por la censura

Colaboración distinguida

Nuestro querido amigo el notable periodista y distinguido escritor y autor dramático, don Antonio Morillas, honra a nuestra revista con el siguiente bello artículo homenaje a nuestros héroes del santuario de Santa María de la Cabeza.

El señor Morillas, entusiasta acérrimo del Benemérito Instituto, fué, durante el tiempo de nuestra esclavitud, el contertulio asiduo de aquel minúsculo grupo de «facciosos» que casi todas las noches, de siete a nueve, se reunía en una salita de nuestra casa para mantener viva con gratas noticias recogidas en diversos

«frentes» y con fantásticos planes estratégicos y libertadores, siempre de muy próxima realización, la llama de nuestro inquebrantable optimismo y de nuestra creciente fe en la salvación de España.

Agradecemos al querido compañero—con el que vamos a colaborar muy pronto en la redacción de una obra dedicada a cantar la gesta gloriosa del Instituto, plantel de héroes y de mártires, planeada en aquellas memorables noches—esta distinción de que hace objeto a nuestra revista en el feliz y siempre esperado día de su reaparición.

EL SANTUARIO DE LA CABEZA

El nuevo tributo de la fe popular

En la Andalucía del Guadalquivir Alto, hay un cerro por antonomasia. Es una cresta señera de la más dulce y cristiana tradición. El viejo pastor de Colomera que un día bajó al llano, pregonero de su fe de creyente, para decir que la Virgen Santísima habíasele aparecido en los peñascos de Lugar Nuevo y en las cimas de los «pagos» de Cabeza Parda y en las laderas, color de oro viejo, de los montes vecinos, hizo que la fe del pueblo fuese ilusionada tras él y se plasmase en un santuario de piedra traída de los altos picachos de la serranía y en fervorosas ofrendas mantenidas por los siglos de los siglos.

Una ancha zona de la Andalucía Oriental dióse a la veneración de aquella Virgencita morena, que el

artífice copió del relato del cabrero granadino, y año tras año, una generación tras otra, bizarras peregrinaciones—bravas muestras de la luminosa ostentación con que los andaluces pregonan su fe y sus devociones—acuden en abril al Cerro de la Cabeza a rendir oraciones, solesares, vino y exvotos a la Virgencita morena y milagrosa. Córdoba, Andújar, Colomera, Sabiote, Bailén y Linares envían sus más famosos jinetes y cantadores; sus mocitas reidoras—que también parecen apariciones de juventud triunfante y multicolor sobre la grupa de los caballos—, sus músicas, sus redoblantes y sus banderas. Las empinadas laderas del Cerro son, durante tres días, una ininterrumpida exaltación de la fe en la Virgen y de la pleitesía

a la copla. Pasa la procesión de la Dulce Madre Aparecida en torno al santuario y aquella juventud bulliciosa le abre calle prosternada, que más bien parece que va la Divina entre arietes floridos que entre hileras humanas, y cientos de seres depauperados, destrozados por los dolores físicos y los dolores del alma, rezan e imploran en una algarrabía rítmica, que tiene calidades de auténtico lamento. Y en todos los cuellos cuelgan, como dulces dogales de seda, docenas y docenas de estadales y medallas y en todas las bocas tiembla una oración encendida como el sol que traspone entre las hojas verdes de los viñedos altos...

Y en seguida vuelve a triunfar el «cante caro» y el vino y las «segurías» en las Casas de Hermandad y la guitarra también ofrece su lamento rítmico en ese otro rito solemne de los estilos hondos.

Pasados tres días, la sierra se ha quitado el vestido de faralaes que le colgó la presencia de las mocitas romeras y se viste de verde de jaral, como luto por su marcha. Y el santuario mira desde la cumbre al llano como perdonándole de sus livianos estruendos...

Pues en este grandioso escenario de vibrante fe, como nuevo testimonio certificador de su grandeza divina, un puñado de españoles ha escrito la página de heroísmo más gloriosa y sublime de la Historia de todos los pueblos. Al lado del mando, siempre atentos a la maravillosa disciplina y al hondo sentimiento patriótico, que son la base de su

prestigio inmaculado, un grupo de guardias civiles, con los demás egregios iluminados, peleó y murió por la santa Causa española.

Andando el tiempo, volverá el Cerro de la Cabeza a poblarse de mocitas reidoras, de buenos cantadores y de Moriles abundante y de color de oro y de multitudes enervadas por la Divina Gracia de la milagrosa Virgencita morena. Y alguien, en estilo de soleares, que es raíz y fundamento y paisaje de almas y esencia única de la Andalucía buena, dolorida y esperanzada, cantará unos versos alusivos a la valentía y al españolismo de los que, también en abril, rindieron culto a la dulce y honda tradición popular vistiendo al Cerro de colores con su generosa sangre...

ANTONIO MORILLAS

.....

Con la Patria, siempre. Con dolores del cuerpo y del alma, siempre con la Patria. En nuestro corazón y en nuestros labios, siempre España, la santa Madre España; la Única, la Grande y Libre España, arrancada, palmo a palmo, de las garras crueles de la bestia roja por el esfuerzo heroico y la sangre generosa de sus hijos. Todo por España. Todos con el Caudillo que la encarna y representa.

¡Arriba España!

¡Gloria a Franco!

NUNC DIMITTIS...

Salvum fac pópulum tuum, Dómine. — Salva a tu pueblo, Señor.

Este era el principio y el fin de nuestra oración de aquellos oprobiosos días de la tiranía roja.

Nuestras inquietudes, nuestros sobresaltos, nuestras angustias, nuestros dolores, que a veces nos parecía no iban a tener fin, los ofrecíamos a Dios con nuestras plegarias fervorosas por la salvación de nuestra amada Patria. A Él volvíamos nuestra anhelante mirada en las interminables horas de nuestra aflicción, mientras con el corazón contrito y los ojos arrasados en lágrimas le pedíamos sin cesar que nos dejara ver el día feliz de la nueva España, la España gloriosa y triunfadora, Una, Grande y Libre que sabíamos venían forjando con sus armas invictas, arrancándola palmo a palmo de las garras sangrientas del marxismo, las tropas victoriosas de nuestro Ejército y de nuestras Milicias.

No pedíamos vida larga, no. Nuestras aspiraciones eran más modestas, nuestros anhelos más humildes, nuestros deseos más limitados. Impetrábamos un momento sólo, un abrir y cerrar de ojos para ver con ellos la Patria redimida y las heroicas legiones redentoras; para clavar de nuevo una mirada de amor en la bandera oro y sangre de España, antes arriada, arrinconada,

escarnecida y vilipendiada, y ahora enhiesta y ondulante, alegre y triunfadora, tremolada por los salvadores de ella; un aliento breve como un relámpago para besar de nuevo sus pliegues gloriosos; un instante de vida para gritar con todas nuestras fuerzas, si alguna nos dejaba la emoción, un ¡Viva España! Sólo para esto pedíamos a Dios vivir. Y cuando lo vimos, cuando asistimos en aquella mañana gloriosa e imborrable del 26 de agosto, la más grande, la más feliz de nuestra vida, a la liberación de Santander; cuando presenciábamos, ébrios de júbilo el arribo de la Nueva España, triunfante y arrolladora con sus armas victoriosas y reverenciamos enardecidos nuestra bandera gloriosa—¡la nuestra!—la que en nuestros años mozos besamos un día ya muy lejano en el patio de un cuartel, después de prestar el juramento de fidelidad a la Patria, entonces elevamos al cielo nuestros ojos, húmedos por el llanto de la emoción y dijimos en fervorosa plegaria de gratitud a la Divina Misericordia, rememorando las palabras del anciano profeta Simeón al tomar en sus brazos al Infante Redentor de Israel: Ahora, Señor, puedes sacar de este mundo a tu siervo, porque mis ojos han visto ya la salvación de mi pueblo.

JENARO G. GEIJO

Esta revista se publica con la autorización de la Subdelegación del Estado para Prensa y Propaganda y circula debidamente autorizada por el Ilmo. Sr. Delegado de Orden Público

Santander bajo la tiranía marxista

Cartas a un suscriptor

I

Distinguido y muy querido amigo:

En la grata carta que ha tenido usted la atención de escribirme el mismo día 26 de Agosto, en el preciso momento de tener noticia de la gloriosa liberación de Santander, víctima, durante trece meses un poco largos, de la canallesca tiranía marxista, padecida por nosotros con resignación casi borreguna, me invita usted, como otros muchos antiguos compañeros y suscriptores lo han hecho también por el mismo medio epistolar en fechas posteriores, a que le refiera lo ocurrido aquí durante el tiempo de nuestra esclavitud.

En su citada y cariñosísima carta, en la cual me felicita «si es que ha tenido la suerte—que a Dios gracias la tuve—de escapar con vida de las garras de la bestia roja», me muestra usted su extrañeza por no haberse sumado esta provincia, desde el primer momento, a la gran Cruzada de la Redención Nacional, ya que, según sus noticias, la Montaña había sacado triunfante de las urnas su candidatura de derechas, y era de suponer que los elementos de orden serían los que en ella predominaran.

No andaba usted descaminado en sus apreciaciones, querido amigo; los de derechas y los de orden, demostrado quedó, electoralmente al menos, que éramos mayoría. Y por añadidura contábamos con una pléyade de jóvenes animosos, esfuerza-

dos y valientes, no incluídos aún en el censo de votantes, que ya venían dando el pecho a los pistoleros marxistas, a los que tenían a raya y con los cuales, en más de una ocasión, se enfrentaron heroicamente, no obstante la sañuda persecución de que, a partir del 16 de Febrero de 1936, venían siendo objeto por parte de los mangoneadores del funesto Frente Popular y de determinados y muy celosos auxiliares del mismo.

Pero, a pesar del predominio que usted en buena lógica nos asignaba y en el que todos creíamos y confiábamos, es lo cierto, lo vergonzoso y tristemente cierto, que los menos se sobrepusieron a los más y que la fuerza de la osadía prevaleció sobre la del número. Y no porque nuestros ánimos flaqueasen, que bien dispuestos estábamos a la lucha y hasta los jóvenes a que antes me referí acuciaban insistentemente a ella, sino porque nos faltó un hombre ¡UN HOMBRE! que desnudando su espada y al grito de ¡ARRIBA ESPAÑA! se pusiese a nuestro frente y se uniera a los que en otras provincias enarbolaban en aquellos momentos la bandera de la santa rebelión contra un gobierno masónico y abyecto que estaba sumiendo a la Patria en el caos de la anarquía.

Si ese hombre que durante tres o cuatro días estuvimos en vano esperando hubiese surgido, créame usted,

amigo mío, que no le hubiera faltado ni entre el elemento armado, bien dispuesto en su mayoría a dar su sangre y su vida por la salvación de España, ni entre el elemento civil, animado en una buena parte de iguales patrióticos deseos, las asistencias precisas para adueñarse en pocas horas de la situación y salvar a Santander y a la Montaña de la terrible hecatombe que iba a desencadenarse sobre ellas.

Los momentos para nosotros angustiosos, de dudas, de vacilaciones suicidas, de indecisiones cobardes, de una espera desesperante que se aconsejaba, siempre que se invitaba o se conminaba a quienes por sus elevados cargos estaban obligados a ponerse al frente de los que ardían en deseos de echarse a la calle, aprovechábanlos las mesnadas marxistas de aquí para armarse impune y libremente con pistolas y escopetas hasta que, al fin, la temida claudicación, bochornosa y humillante, puso en manos de la rencorosa plebe, para profanarlas con crímenes horrendos, las armas de la Patria.

Yo, que visitaba a diario el cuartel de nuestra Guardia Civil, al que no volví desde el día funesto en que se decidió la situación, pude observar la ansiedad con que nuestros compañeros esperaban la voz de mando que por desgracia para ellos y para todos no se dejó oír. Qué zozobra la suya y qué angustia cuando después de la ansiedad abrumadora de aquellos días se vieron sometidos, bien a su pesar, al despótico yugo marxista que, salvo dos o tres individuos inconscientes y engañados,

los demás aborrecían con toda su alma. ¡Qué calvario esperaba a muchos de nuestros civiles!

La bestia roja, desmandada y sin freno, comenzó a rugir y dar zarpazos: pero, eso sí; después de convenirse de que ya nadie le iba a salir al paso. Hasta tanto, se mantuvo en prudentísima cautela al pie de sus madrigueras. Luego, se enseñoreó de la ciudad indefensa y la recorrió triunfalmente y con infernal algazara, berreando denuestos, babeando blasfemias, escupiendo amenazas, puño en alto, y aullando imprecaciones y groserías. La jauría marxista, ébria de gozo, de alcohol y de gasolina y empenachada de rojos pañolones, «requisados» en los comercios, irrumpió por la gran urbe montañesa en automóviles, autobuses, camiones y camionetas, arrebatados a sus legítimos poseedores, especialmente a los considerados como desafectos, esgrimiendo con gesto ferocísimo armas largas, prontas a ser disparadas sobre cualquier pobrete que osara oponerse a su ruidoso desbordamiento. Naturalmente que no encontraron enemigo. Cuando toparon con él días después en los frentes de combate y, sobre todo, allá por las cercanías de Aguilar de Campoó, perdieron un noventa por ciento de la majeza y fanfarronería con que por aquí deambulaban, fusil al brazo o pistolón al cinto, causando la admiración de las cándidas menegildas, de las rojillas menestralas, de innumerables papanatas y de unas cuantas arpías que veían ya en sus roñosas manos aquel inefable paraíso terrenal que, durante

tantos años, les habían predicado y prometido los embaucadores de las masas proletarias. ¡Qué decepción tan amarga iban a sufrir pocos meses después cuando el pan, poco, negro y malo, faltase en absoluto y el pescado no apareciese por las plazas y las patatas, los garbanzos, las alubias, el arroz, el azúcar, el aceite, el bacalao, el vinazo y otros artículos de comer y beber no fuesen más que una añoranza de otras épocas menos rojas y soviéticas, pero más prósperas y abundantes! Las vacas gordas, tan cacareadas, solo estarían al alcance de los jefazos y de sus afortunadas familias y protegidos y «protegidas»; el pueblo encumbrador, vilmente engañado, sacrificado y explotado por sus orondos redentores, tendría que conformarse con las escasas migajas averiadas, si las había, que le sirvieran con el indispensable vale de racionamiento en las esquilmadas tiendas.

De los pueblos afluyeron también a la capital, jubilosos y retadores, los jaques de aldea, aullando a grito pelado, dispuestos a comerse crudos a todos los carcas que les saliesen al paso.

Estos fueron, mi querido amigo, los albores de la revolución del proletariado «oprimido, consciente y trabajador», que se disponía con sin par heroísmo, según propalaban por

Para dar aviso

del giro de la suscripción, haga uso del «Boletín de aviso de giro» que publicamos en una de las páginas de la cubierta de esta revista.

radio y en la Prensa, ya a su servicio, sus cucos dirigentes, a aplastar el fascismo.

Como usted ve, el horizonte se presentaba para nosotros, los no simpatizantes con la dictadura marxista, con tintes harto sombríos. Se presagiaba una gran tormenta, sí; pero nunca pudimos creer, hasta no verlo, que los desmanes de la horda llegasen a un grado de crueldad y brutal refinamiento como el que la cándida y confiada Montaña padeció por espacio de trece meses.

Si ha ojeado usted la historia de los primeros años de la Iglesia y ha fijado su atención en las páginas que dedica a la persecución de los cristianos, bajo el poder tiránico de los emperadores romanos de la época, principalmente de Nerón y Diocleciano; y si ha estudiado, aunque solo sea de pasada, en Lamartine u otro autor contemporáneo de la revolución francesa de la última década del siglo XVIII, puede formarse, por lo leído, una idea aproximada de lo que aquí hemos vivido y padecido.

En Roma y en las provincias romanas se llevaba a los cristianos a morir en las garras de las fieras hambrientas y azuzadas; aquí, de fieras, actuaban hombres y mujeres de instintos más sanguinarios que aquéllas; en Francia, la plebe embriagada y exaltada por las peroratas de los tribunos que, uno a uno, devoró la fiera revolucionaria, cuyo mejor manjar fueron sus domadores, se ensañó, principalmente, con los grandes y con los poderosos; aquí, en esta provincia, salvo algu-

na que otra dolorosísima excepción hizo víctimas de sus feroces dente-lladas a sacerdotes indefensos, a débiles mujeres, a ancianos desvalidos, a jovenzuelos inocentes, y a hombres de la sufrida y aporreada clase media y a obreros que se ganaban el pan con el honrado sudor de su frente. Pero no llegó como en Francia, y creemos no llegará nunca, a llevar al suplicio a los que, ya solapada o abiertamente, les instigaban y acuciaban al crimen. Esto último hubiese sido, después de tantos fracasos, de tantas vidas sacrificadas en una inútil lucha y del aplastamiento total por nuestro glorioso Ejército de la revolución marxista en estas regiones del Norte, lo justo y lo lógico; pero los «tribunos» de estas latitudes, menos valerosos y más cucos que los de allende los Pirineos, supieron ponerse en salvo en momento oportuno y dejar a sus engañadas mesnadas abandonadas a su desgraciada suerte y a su horrible miseria, mientras ellos se fueron con el riñón bien cubierto.

Se horrorizaría usted, querido amigo, si le detallase las vejaciones abominables, los crímenes horren-

.....

Queremos una España una e indivisible bajo la égida de un gobierno fuerte con alto sentido de la justicia social, por lo que ni un solo hogar español deje de tener lumbre, ni un solo trabajador español esté sin pan.

FRANCO

dos, los asesinatos y las torturas dantescas que sufrieron los millares de mártires, no acabados aún de contar, y cuyo número exacto acaso jamás sepamos, sacrificados en esta ciudad y en los pueblos de esta provincia por las fieras rojas. Bástele saber, que unos fueron quemados en vida después de ser rociados con gasolina; que a otros se les cosió los labios para que al morir no gritasen ¡Viva España! o ¡Viva Cristo Rey! o para que no se oyesen los lamentos de su dolorosa agonía; que a otros se les acribilló a balazos amarrados a los árboles; que a otros se les crucificó, que a otros se les arrojó vivos al mar atados de pies y manos o con una piedra o lingote al cuello; que a otros se les mutiló; que a otros se les enterró en vida; y que a no pocos se les sacó enfermos del lecho o heridos del hospital para rematarlos impiadosamente y dejar después abandonados en el campo o en las cunetas de las carreteras sus desangrados y expirantes cuerpos. El Faro de Cabo Mayor, Liencres, Escobedo y Jesús del Monte fueron, entre otros, los lugares donde eran llevados al terrible suplicio, ya desde sus domicilios o ya desde la infame Checa santanderina, los que no habían cometido otros delitos que ser personas decentes, honradas y de orden o desafectas al vejatorio y criminal e imperante régimen soviético o militantes o inscriptos de la Comunión Tradicionalista o de la naciente y ya pujante Falange Española, o militares dignos que se negaron a poner su espada al servicio de las hordas marxistas, o sacerdo-

tes o religiosos de ambos sexos, o católicos fervorosos pertenecientes a asociaciones benéficas, que llevaban a los menesterosos—sus verdugos o expoliadores en muchos casos, el consuelo piadoso de la caridad cristiana. Y otros, en los pueblos, fueron víctimas, principalmente, de antiguos resentimientos o de ruines venganzas que, so pretexto de desafección al régimen o de falsa delación de «facciosos», se cancelaban con el asesinato.

Por lo expuesto, puede usted colegir cuál sería entonces nuestro estado de ánimo. No había vida segura ni hogar derechista tranquilo. Los únicos que podían respirar a pleno pulmón eran los de la acera de enfrente.

Cuando nos acostábamos pensábamos si despertaríamos espontáneamente o vendría a arrancarnos del lecho alguna de las varias bandas de asesinos que en la ciudad actuaban libremente, (las de la Checa, las de los comunistas, las de los socialistas y las de la F. A. I., una de cuyas cuadrillas de bandoleros llevaba pintada en su coche una mano roja chorreando sangre, con la siguiente fatídica inscripción: «La mano negra», y otra el suyo por ambas bandas, una calavera con dos tibias cruzadas. Y al levantarnos del lecho al día siguiente, después de un sueño desasosegado, nos preguntábamos ¿acabaremos el día en casa o iremos a parar al antro del sanguinario Neila a prestar una de-

claración? que era el pretexto con que sacaban a las víctimas de sus viviendas, para llevarlas a la mayoría de ellas al *paseo sin vuelta*. Y no nos faltaban motivos para tales zozobras.

Jenaro G. GEIJO

(Continuará)

Suplicamos

a los señores suscriptores que, al recibir este número de la revista, nos giren el importe de su suscripción. Pueden efectuarlo por un trimestre, y, si lo desean, y sus medios económicos se lo permiten, por seis meses. Con ello contribuirán a aliviar la difícil situación económica que estamos atravesando después de diez y ocho meses de inactividad forzosa.

Los señores suscriptores de antes de Julio de 1936, que adeuden alguno o algunos meses de suscripción anteriores a dicha fecha, pueden también, si así lo desean, girarnos el importe de los meses que tuvieren sin pagar.

Aquellos que hubiesen abonado alguno o algunos meses posteriores a dicho Julio de 1936 y deseen les sean compensados, deben también indicarnos los que tuvieran girados anticipadamente.

Para ahorrar al suscriptor mayores gastos de giro, pueden efectuar el pago varios en un solo giro, remitiéndonos el correspondiente aviso individual para el abono en cuenta a cada uno de la cantidad girada.

Al recibir el giro remitiremos los recibos correspondientes.

El giro debe dirigirse a Jenaro G. Geijo, apartado de Correos 106—Santander.

Suscribase y propague LA BENEMÉRITA

SECCIÓN LEGISLATIVA

Encabezamos esta Sección con los siguientes Decretos. El primero fué promulgado cinco días después de iniciado el Movimiento Nacional salvador de España. Es ésta la primera disposición oficial dictada por el entonces naciente Estado y aunque se la derogó por otra de 29 de septiembre de 1936, que también transcribimos, por su alta significación histórica reproducimos el expresado primer decreto. Dice así:

DECRETO NÚMERO 1

Artículo único. Se constituye una Junta de Defensa Nacional que asuma todos los Poderes del Estado y represente legítimamente al País ante las Potencias extranjeras.

Esta Junta queda integrada por los Excmos. Sres. Generales de División D. Miguel Cabanellas Ferrer, como Presidente de ella, y D. Andrés Saliquet Zumeta; los de Brigada D. Miguel Ponte y Manso de Zúñiga, D. Emilio Mola Vidal y D. Fidel Dávila Arrondo y los Coroneles del Cuerpo de Estado Mayor del Ejército D. Federico Montaner Canet y D. Fernando Moreno Calderón.

Los Decretos emanados de esta Junta se promulgarán, previo acuerdo de la misma, autorizados con la firma de su Presidente y serán publicados en el «Boletín Oficial».

Dado en Burgos a 24 de Julio de mil novecientos treinta y seis.—*Miguel Cabanellas.*

DECRETO NÚMERO 138

La Junta de Defensa Nacional, creada por Decreto de veinticuatro de Julio de mil novecientos treinta y seis, y el régi-

men provisional de Mandos combinados, respondían a las más apremiantes necesidades de la liberación de España.

Organizada con perfecta normalidad la vida civil en las provincias rescatadas, y establecido el enlace entre los varios frentes de los Ejércitos que luchan por la salvación de la Patria, a la vez que por la causa de la civilización, impónese ya un régimen orgánico y eficiente que responda adecuadamente a la nueva realidad española y prepare, con la máxima autoridad su porvenir.

Razones de todo linaje señalan la alta conveniencia de concentrar en un solo poder todos aquellos que han de conducir a la victoria final, y al establecimiento, consolidación y desarrollo del nuevo Estado, con la asistencia fervorosa de la Nación.

En consideración a los motivos expuestos y segura de interpretar el verdadero sentir nacional, esta Junta, al servicio de España, promulga el siguiente

DECRETO

Artículo primero. En cumplimiento del acuerdo adoptado por la Junta de Defensa Nacional, se nombra Jefe del Gobierno del Estado Español al Excelentísimo Señor General de División D. Francisco Franco Bahamonde, quien asumirá todos los poderes del nuevo Estado.

Artículo segundo. Se le nombra asimismo Generalísimo de las fuerzas nacionales de tierra, mar y aire, y se le confiere el cargo de General Jefe de los Ejércitos de operaciones.

Artículo tercero. Dicha proclamación será revestida de forma solemne ante representación adecuada de todos

los elementos nacionales que integran este movimiento liberador, y de ella se hará la oportuna comunicación a los Gobiernos extranjeros.

Artículo cuarto. En el breve lapso que transcurra hasta la transmisión de poderes, la Junta de Defensa nacional seguirá asumiendo cuantos actualmente ejerce.

Artículo quinto. Quedan derogadas y sin valor cuantas disposiciones se opongan a este Decreto.

Dado en Burgos a veintinueve de Septiembre de mil novecientos treinta y seis.—*Miguel Cabanellas.*

Disposiciones del BOLETÍN OFICIAL DEL ESTADO

HONORES

Orden de la Secretaría de Guerra de 16 de Noviembre de 1937, "Boletín Oficial del Estado" número 390.

S. E. el Generalísimo ha tenido a bien disponer que los honores que han de ser tributados por las tropas formadas y las guardias de Plaza, en los casos en que proceda hacerlo, sean los que a continuación se indica:

Al Santísimo Sacramento: arma rendida y el Himno Nacional.

A la Bandera: arma presentada y el Himno Nacional.

A S. E. el Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos Nacionales: arma presentada y el Himno Nacional, inclinándose a su paso las Banderas.

Al General Presidente de la Junta Técnica del Estado; General Presidente del Alto Tribunal de Justicia Militar; General Secretario de Guerra; General Inspector del Ejército y Generales en Je-

fe (par las tropas de su mando): arma presentada y marcha militar.

A los Generales de División con mando de tropas y a los de Brigada con mando de unidad superior a la correspondiente a su empleo: arma sobre el hombro y marcha militar por todas las fuerzas a sus órdenes.

Al General de Brigada con mando de tropas: arma descansada y marcha militar por las fuerzas a sus órdenes.

A todos los *Tenientes Generales, Generales de División y Vicealmirantes* que se presenten de uniforme ante una tropa, arma sobre el hombro; y a los *Generales de Brigada y Contraalmirantes*, arma descansada.

DIGNIDADES ECLESIASTICAS

A los Cardenales: arma presentada.

Y dentro de sus respectivas Diócesis, a los *Arzobispos*, arma sobre el hombro y a los *Obispos*, arma descansada.

Orden de la Secretaría de Guerra de 16 de Diciembre de 1937, "Boletín Oficial del Estado" número 424.

Como ampliación a la orden de S. E. el Generalísimo de 12 de Noviembre último, (B. O. número 390), referente a los honores que han de ser tributados por las fuerzas del Ejército, se dispone lo siguiente:

Los honores correspondientes al *Alto Comisario de España en Marruecos* en toda la zona del Protectorado, serán: arma presentada y el Himno Nacional.

Al General Jefe de Seguridad Interior, Orden Público e Inspección de Fronteras y al Almirante Jefe de Estado Mayor de la Armada: arma presentada y marcha militar.

A los *Generales Inspectores de la*

Guardia Civil y Carabineros, por las fuerzas de su mando, arma presentada y marcha militar; y por todas las demás, arma sobre el hombro y marcha militar.

A los *Vicealmirantes y Contraalmirantes* que sean Comandantes Generales de Departamento, dentro del territorio de su jurisdicción, las fuerzas del Ejército le rendirán los mismos honores que a los Generales Jefes de Región militar, o sea el de General de División con mando de tropas.

Los *Vicealmirantes y Contraalmirantes* Jefes de Escuadra tendrán, por las fuerzas de la Plaza en cuyo puerto o aguas estén fondeados sus buques, los mismos honores que los Generales de División o de Brigada con mando.

A los *Contraalmirantes* con mando en tierra, dentro de su jurisdicción, les corresponden los mismos honores que a los Generales de Brigada con mando.

Nota.—*La otra parte de esta disposición se refiere a los honores que por las fuerzas de Marina se han de rendir en los casos que proceda hacerlo.*

Muy agradecidos

En la imposibilidad de contestar una por una las numerosas cartas y notas recibidas felicitándonos por haber escapado con vida de los sanguinarios zarpazos de la bestia roja, acusamos recibo de ellas desde las páginas de LA BENEMÉRITA y nos complacemos en hacer presente nuestra más profunda gratitud a los que tan cariñosamente se han interesado por nosotros.

Con los negros fines que es de suponer, dado el destino que general-

mente llevaban los que caían en las garras de los esbirros de la Checa Santanderina y en las de los que, hipócritamente, dieron en llamar «incontrolables» los criminales dirigentes y mangoneadores del tinglado marxista, se nos buscó afanosamente los días 28 de julio y 6 de agosto, este último durante tres veces por la calle del Sol, donde habíamos tenido un año antes nuestra residencia. Las varias personas a quienes se preguntó por nosotros, unas con verdad y otras con muy piadosa mentira, negaron conocernos y cesó la busca y captura después que una agradecida mujeruca convenció a los ineptos policías de ocasión, de que hacía tiempo habíamos trasladado a Madrid nuestra residencia. Un aviso urgente de esa y otras buenas almas nos puso al corriente de la persecución de que éramos objeto y, naturalmente, tomamos las precauciones de reclusión convenientes y, sobre todo, nos pusimos en brazos de la Divina Providencia que, muy milagrosamente, nos sacó en bien de tanto peligro.

Después, las aves de rapiña rojas, muy numerosas por cierto, nos «requisaron»—así llamaban al robo—varias prendas de vestir, entre ellas un flamante abrigo de nuestro hijo, un par de mantas y un aparato de radio y alguna cosilla más.

Estas son, entre otras más graves de última hora que nos pusieron al borde del abismo merced a la delación de una miserable criada, las vicisitudes por nosotros corridas durante el largo, tiránico y neroniano período rojo.

NOTAS HUMORÍSTICAS

CRÓNICA BÉLICA

(De nuestro imaginario corresponsal en el frente rojo de Aragón, Calixto Garretas).

¡Repaño, y qué jugadica nos acaban de hacer los facciosos!

Acostumbraos estábamos a que nos corrieran, nos coparan y nos tundieran; pero esto de hoy, maños, no tiene nombre ni precedente en las guerras más crueles, desde la de Caín y Abel, que fué la primera que ensangrentó a la humanidad, hasta la presente. Una vez más han puesto de manifiesto los enemigos del régimen que el pueblo soberano se dió a sí mismo con los acostumbrados chanchullos electorales el día 14 de abril de 1931, sus feroces instintos.

La cosa fué así:

Estábamos el ejército del Pueblo, que es algo parecido a aquel invicto que manejaba en Méjico el gran Pancho Villa, actuando por estos frentes de Teruel con nuestra gran pericia militar y nuestra excelentísima táctica guerrera que el mundo asombrado admira y de la cual han solicitado copia varias naciones extranjeras en cartas dirigidas a nuestro ministro de la defensa nacional de tierra, mar, aire y subsuelo el camarada Indalecio Prieto y Tuero, alias don Alberto, cuando he aquí que el día penúltimo de 1937 (II año catastrófico) irrumpen los fachistas por los alrededores de La Muela con el absurdo y criminal empeño de extraérnosla, a pesar de que la teníamos en exce-

lentes condiciones de servicio. Para lograr sus siniestros propósitos formaron una a modo de tenaza y, de un tirón enorme y brutal y sin los humanitarios requisitos previos que la ciencia odontológica moderna prescribe, nos arrancaron la Muela y luego, sin consideración alguna, nos echaron de La Muela. Naturalmente que, en estas condiciones, ni nosotros ni ningún otro hijo de la Pasionaria podía resistir el dolor ni hacer frente a nadie. La Muela la guarnecía y defendía, con sus agueridas y heroicas huestes, el camarada Carrillo. Este, hinchado y todo, gritó a los fachistas mientras corría:

Brutos, que nos habeis arrancao La Muela.

A lo que contestó un matracó: Pa lo que tenís que comer, maños, sus basta y sobra con los dientes, que también sus los vamos a arrancar un día destos.

De La Muela nos replegamos, en el admirable orden estratégico de que hace siempre gala nuestro invencible ejército republicano, a Caparrota. Imposible permanecer mucho tiempo en esta posición. El frío glacial—18 bajo cero, temperatura normal de don Inda—se aviene mal con una Caparrota. Además, los facciosos, que saben estamos en posesión de una prenda de abrigo, aunque averiada, comienzan a presoinar muy fuertemente, y como no

tenemos gran empeño en conservar la Caparrota, en cuanto se acerquen un poco más, haremos con ella lo que el casto José con la compañera de Putifar, de la cual debe descender Lola «La Pasionaria»: les dejaremos la Caparrota en sus manos y efectuaremos un nuevo repliegue a las posiciones previstas por el mando. Para esta inminente rectificación a retaguardia de nuestras líneas, esperamos el pronto arribo a estos gélidos campos turolenses de la Brigada «Los Cangrejos», formada por

gudaris euzkadianos, mineros asturianos y milicianos montañeses, que en esto de la marcha atrás, no tienen par ni en nuestros camaradas chinos.

Nuestra moral es admirable. El quebranto del enemigo y su decaimiento espiritual, físico y bélico son tan visibles que ni nuestros más furiosos y violentos ataques les hacen abandonar La Muela.

Se han pasado a nuestras filas un guardia municipal, de paisano, y un oficial de la limpieza pública con su correspondiente escoba.

A Manín de la Portiella, de Filo la de la Granda

¡Ay si me vieras, Manín!
ay, Manín, si me miraras
con mi camisina azul
y mi boinina encarnada
tremolando en los desfiles
la bandera roxa y gualda
y a pleno plomón gritando:
Franco, Franco: ¡Arriba España!
Ay, Manín, si así me vieras,
al paredón me llevaras.

Ay si vieras a Xixión,
ay si a Xixión te asomaras,
y viéraslo tan alegre
tan tranquilín, tan en calma,
con pan branco en les tahones
y abondo carne en les tablas
y con vino en tos los chigres
y con de todo en les plazas,
daríaste una fartura
que puede que arreventaras.

Pero tú como otros muchos
pusiste proa a la Francia,
huyendo cobardemente
y dexando abandonada
a la xente que engañéisteis
con mentiras y patrañas,

después de arramplar con todos
los cuartos que había en las Cajas.

¡Ay Manín de la Portiella
cómo dísteis la espantada!

Ojalá, Manín, que nunca
volvais a poner la planta
en esta bella tierrina
que dexáisteis arruinada;
que andeis errantes pol mundo
sin sosiego ni morada,
que el pan se vos vuelva acíbar
y hiel y vinagre el agua.
¡Ay Manín de la Portiella!
imaldita sea tu estampa!

Echa al olvido, Manín,
a Filo la de la Granda,
que ódiate por moscovita,
por babayo y por pelanas,
y sólo tenía de roxa
los llabios cuando os pintaba
y ahora non diz ya salú
ni el puño cerrado alza.
Ahora, Manín, mano al cielo
grita Filo: ¡Arriba España!

G.

Imprenta de la Librería Moderna.--Santander

A los señores suscriptores de LA BENEMÉRITA

Normas para el pago de la suscripción

Para la buena marcha y puntual salida de nuestra revista, precisamos que nuestros compañeros nos hagan el para nosotros señaladísimo favor de efectuar sus giros con la mayor puntualidad.

Nuestra situación económica después del insaciable expolio rojo, es verdaderamente precaria.

Nuestros suscriptores pueden hacer los giros por los meses que deseen, siendo conveniente que la cantidad mínima que se gire sea de tres pesetas. Todos los giros de un mismo puesto pueden hacerse en una misma libranza, para evitar mayores gastos.

Para la mayor claridad y exactitud en la anotación y abono de giros es *imprescindible* que se nos remita el adjunto boletín de **aviso de giro** que puede sernos enviado en sobre abierto, franqueado con **dos céntimos** a la siguiente dirección:

Impresos

Sr. Director de LA BENEMÉRITA

Apartado de Correos número 106

SANTANDER

Los gastos de giro son de cuenta del suscriptor.

El giro debe hacerse a nombre de **Jenaro G. Geijo, apartado 106. — Santander.** *En el boletín de aviso de giro no deben escribirse otros datos que los indispensables para llenarlo.*

BOLETÍN DE AVISO DE GIRO

El suscriptor de LA BENEMÉRITA, D....., perteneciente a la Comandancia de..... y con destino actualmente en el puesto de..... provincia de..... gira con esta fecha a don Jenaro G. Geijo, giro postal núm..... ptas..... para el pago de la suscripción de los meses..... de..... de 1938.

NOTA.—De este giro se enviará recibo al interesado directamente.

MUY INTERESANTE

Suscríbase a **La Benemérita** :- Haga propaganda de **La Benemérita**

La Benemérita fué, y seguirá siéndolo, una revista profesional y técnica.

La Benemérita reproducirá en sus páginas las disposiciones oficiales de la gloriosa Nueva España que afecten al Instituto y las que se refieran a los servicios encomendados al mismo.

La **Benemérita** publica dos números mensuales y un interesantísimo folleto legislativo o de formularios y casos prácticos.

¡Beneméritos! honrad y dad vida próspera con el pequeño sacrificio de una peseta mensual a vuestra antigua revista.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: Una peseta al mes, que el interesado abonará directamente por giro postal al efectuar la suscripción. Los gastos de giro son de cuenta del suscriptor.

TIEMPO MÍNIMO DE SUSCRIPCIÓN: Tres meses. Pago adelantado.

Boletín de suscripción

Comandancia de Puesto de

Relación del personal del mismo que desea suscribirse a LA BENEMÉRITA

.....dede 1938

Remítase este boletín, en carta cerrada franqueada con treinta céntimos o en sobre abierto franqueado con dos, en este caso sin firmarlo, a la siguiente dirección:

Sr. Director de LA BENEMÉRITA.— Apartado de Correos, núm. 106.— SANTANDER